

El orden de constituyentes en el romance temprano. *Las Glosas Emilianenses*

Mercedes SUÁREZ FERNÁNDEZ
Universidade de Santiago de Compostela
Campus de Lugo

1. INTRODUCCIÓN

Aunque para el español moderno es general la aceptación de su pertenencia al tipo SVO, para la primera etapa del romance algunos autores han propuesto la adscripción al tipo VSO y han visto una prueba de ese orden en los testimonios que tradicionalmente han venido representando los albores del romance escrito: las *Glosas Emilianenses*¹ (López García 2000, Bossong 2006). Sin embargo, ateniéndonos a lo que revelan los estudios que se han ocupado del orden de palabras en las distintas fases del latín, y de manera especial los del latín vulgar y tardío, no parece que la situación de partida del romance pueda ser caracterizada como de verbo inicial en su orden básico, es decir, en el que resulta ser el prototipo de la manifestación del estado de cosas que codifica una predicación con dos argumentos nominales que representan el Agente y el Paciente/Objeto. Tampoco los datos provenientes del texto de las Glosas han de verse necesariamente como prueba documental de un determinado orden. Si bien ciertas indicaciones que contiene el texto pueden ser interpretadas como marcas del orden de las palabras en la cláusula y en el sintagma y, de hecho, así han sido consideradas por diversos autores, esas mismas indicaciones son susceptibles de otras interpretaciones. El análisis que realizamos nos llevará a proponer como preferible una lectura diferente. En relación con el orden básico intentaremos mostrar que el que apuntó desde los primeros textos romances o protorromances fue SVO, lo cual es lógico porque, como se verá, era ya un orden potente en latín vulgar y tardío, aparte de que apareciese también en autores clásicos con diversos fines comunicativos.

¹ Es sabido que con el estudio de documentos antes desconocidos o no estudiados se ve modificada la datación de muchos hechos lingüísticos. En relación con las primeras muestras de romance escrito, el estudio del Cartulario de Valpuesta ha descubierto vocablos escritos en romance, de modo que, como señala Dulanto Sarraide (2007: 49), “quienes se han ocupado de su riqueza idiomática [Ruiz de Loizaga, Cierbide y Ramos Remedios] defienden la primacía valpostana en cuanto a los vocablos más antiguos escritos en lengua castellana”, y sitúan dichas glosas en el siglo X, por lo que serían muestras del romance anteriores a las Glosas Emilianenses si aceptamos para estas la datación de Díaz y Díaz (1978), que las sitúa en el siglo XI.

Hablar del orden de constituyentes es siempre una tarea difícil porque, mientras que el armazón sintáctico que soporta la construcción del discurso en sus diversas modalidades es básicamente el mismo, la disposición de los elementos que configuran los mensajes es resultado de la actuación de fuerzas de naturaleza muy diversa. Por ello, la caracterización de cualquier periodo resulta enormemente compleja. El grado de dificultad aumenta si la etapa objeto de interés carece de datos suficientes y, en consecuencia, de estudios que aporten información necesaria para el establecimiento del orden de constituyentes de ese periodo. Es lo que sucede con la lengua del espacio cronológico que aquí nos proponemos observar: el romance temprano. En efecto, como señala Bosson (2006: 535), “los textos existentes no solo son escasos y de dudosa interpretación, sino que, además, suelen ser muy esquemáticos, de modo que apenas dejan entrever el tipo prevaleciente en una época”. Se puede decir que la investigación de un tema de esa índole en el periodo considerado es una labor casi detectivesca, por cuanto la escasez de material y, sobre todo, de material adecuado, obliga a la búsqueda de huellas capaces de guiarnos en el seguimiento del fenómeno que interesa, a fin de obtener un conocimiento, siquiera mínimo, del objeto investigado.

La aludida escasez documental lleva, pues, a valorar cualquier indicio como un hallazgo de indudable valor si queremos determinar cuál podría ser el estado del romance, en lo que al orden de constituyentes se refiere, en la etapa que llamamos romance temprano. En este contexto se entiende que, quizá en contra de lo que pudiera pensarse para un tema como este, las *Glosas Emilianenses* hayan recibido una atención destacada por la información que pueden aportar al respecto. Pero sería una temeridad proponer un orden de palabras para un determinado momento de la historia de una lengua a partir de un único documento de información tan esquemática, por muy significativa que esta sea. Por ello, para evaluar las propuestas que adoptan como soporte documental las Glosas se hace necesario, en primer lugar, remontarse más atrás, es decir, a la situación latina, para trazar la línea que entronque con el periodo objeto de estudio y poder ver cuál era la situación de partida y la línea evolutiva del fenómeno, pues desde el latín a las lenguas romances no ha habido un corte limpio sino un *continuum* que va desde el latín hablado al romance, así como desde el latín tardío escrito al medieval². Se trata de ver cuál ha sido el comportamiento lingüístico en un tema como el abordado a través de lo que los textos de distintos periodos manifiestan, sobre todo los del latín vulgar y tardío, y que los diversos trabajos han venido mostrando. A continuación se analiza el testimonio aducido por algunos autores como prueba del orden VSO en el respectivo periodo, esto es, las *Glosas Emilianenses*, y,

² No entramos en la polémica e interesante cuestión de si los documentos anteriores al XI están escritos en latín con evidentes rasgos romances, como se ha venido manteniendo tradicionalmente, o están escritos en romance con ortografía latina, como propuso Wright (1982) en su conocido libro *Late Latin and Early Romance in Spain and Carolingian France* y en otros muchos trabajos posteriores. Para lo que aquí nos interesa no hay gran diferencia entre considerar que son latinos o considerar que son romances con ortografía tradicional latinizante que enmascara el romance, porque, sea como fuere, en ambos casos desembocarán en el mismo resultado: las lenguas romances plenamente constituidas, con anterioridad en cualquier caso en la vertiente oral y a partir de un determinado momento también en la escrita.

por último, se hace necesario también ver la dirección que toma el proceso en los primeros textos del romance pleno, es decir, textos del castellano primitivo, arcaico o prealfonsí. La observación del fenómeno más allá de los documentos de una fase concreta aportará una base más sólida para cualquier propuesta.

2. LA SITUACIÓN LATINA

2.1. El latín clásico. Cuestiones generales

Es sabido que, en la presentación general que los manuales de referencia hacen del paso del latín al romance en el orden de palabras, este aparece caracterizado por el cambio que supone el paso del orden latino SOV a SVO en las lenguas romances, aludiendo con ello a que son los órdenes predominantes en ambas variedades. Al tiempo constatan que se registran otras posiciones que se asocian a la manifestación de valores expresivos diversos. Evidentemente, las matizaciones son inevitables porque dar cuenta de un fenómeno como este no es una cuestión tan sencilla, pues el orden de constituyentes está sometido a fuerzas e intereses variados. Por ello, abundan los trabajos especializados que afinan la presentación general introduciendo distintos tipos de matices destinados a mostrar que no se puede hablar de una tendencia unitaria, como, por otra parte, era de esperar. Pero no es fácil extraer una caracterización más precisa del orden de constituyentes en latín a partir de la diversidad de trabajos que se ocupan de esta cuestión, porque los objetivos no siempre coinciden, la aproximación teórica y metodológica tampoco (cfr. Cabrellana Leal 1993), y el corpus observado tampoco, por no mencionar otros aspectos diferenciales que tienen gran repercusión en el resultado final y que a menudo desconocemos si se han tenido en cuenta o no, o sabemos que no se han diferenciado, como, por ejemplo, el tipo de cláusula sobre la que se actúa, tanto en cuanto a los constituyentes, como en cuanto a rasgos como la voz, el carácter independiente o dependiente, etc. (cfr. Rodríguez Guerra 2004: 152-3). A dificultades de este tipo alude Pinkster (1991: 71) al afirmar que “It is difficult to compare these data, since they differ in the way the S, O, and V constituents are defined and sometimes it is not clear at all which definition has been used”.

Precisamente porque es indiscutible la variación, se hace necesario seleccionar el tipo de estructura sobre la que se va a centrar la observación, ya que, de lo contrario, los resultados de cualquier análisis están condenados a llevar a ninguna parte. Si de lo que se trata es de determinar el orden básico, la estructura viene dada por aquella que la tipología ha establecido como apropiada para ese objetivo: la cláusula activa, transitiva, independiente, declarativa, afirmativa, con dos argumentos nominales de carácter léxico³, a lo que podemos añadir que puede ser enunciada en un contexto

³ Mallinson & Blake (1981: 125) afirman que el orden básico debe establecerse en la cláusula en indicativo, estilísticamente neutra y con argumentos directos definidos expresados por frases nominales, porque los objetos indefinidos pueden ser incorporados al verbo (cfr. también Givón 2001: vol. I, 34-9, 105 y 233).

de presuposiciones mínimas (cfr. Castillo 2002). Muchos de los estudios efectuados no se atienen a este tipo de cláusula y otros no explicitan en qué estructuras analizan el orden de constituyentes, por lo que el aprovechamiento de la información que aportan es menor para un objetivo como el orden básico. Además, sucede con frecuencia que, tanto en relación con el latín clásico como en relación con el latín tardío o la etapa prerromance, los estudios prescinden de la consideración del sujeto, o aparece de manera subsidiaria, dada la frecuencia con que tal función no se manifiesta en un constituyente explícito; de ahí la atención prioritaria que recibe el orden que presentan el verbo y el objeto y la consiguiente dificultad para el establecimiento del orden básico. Incluso en aquellos autores que se atienen a la cláusula básica, los resultados distan de ser homogéneos porque factores como la variedad discursiva sobre la que se efectúa el análisis, la época, el autor o distintas etapas de la obra de un autor, pueden arrojar resultados bastante diferentes. Esta variabilidad ha llevado a Pinkster a cuestionarse si cabe hablar de un orden básico y a exponer cómo debe explicarse la variación:

The existence of so much variation itself in our texts should warn us against assuming a syntactic basic order. The variation can be explained much better if we assume the existence of several different orders reserved for specific situations (text type, sentence type, constituent type, etc.) or assume other (pragmatic and/or semantic) factors to determine the order of constituents. At any rate, the statistical variation should encourage us to search for qualitative explanations of that variation (*ibid.*).

Por supuesto, en una lengua puede haber más de un orden básico en función del comportamiento de las diversas estructuras, pero cuando hablamos de esa lengua en un plano general lo hacemos según lo establecido por los parámetros tipológicos.

A pesar de las diferencias entre los diversos autores en el tipo de cláusula observada, han sido bastantes los que han tomado la cláusula básica, ya fuese en exclusiva, ya fuese junto a otras, como objeto de análisis en lo que al orden respecta. Tal como pone de manifiesto Rodríguez Guerra (2004: 154), para la mayoría de los autores que han puesto su atención en este tema, el latín clásico pertenece al tipo SOV (cfr. p. ej., Nocentini (1990), Bossong (1998 y 2006))⁴. Ahora bien, el hacer abstracción de las posibles variantes en un momento dado de la historia de una lengua para identificar un rasgo determinado no significa desatender la variación, pues solo de esta pueden venir los posibles cambios. En el caso que nos ocupa, tan importante como identificar el orden básico en las distintas fases de la latinidad es identificar la variación misma y en qué sentido o sentidos se mueve esta, en cada momento observado y a lo largo del proceso, así como las fuerzas que parecen determinarla. Por ello, interesan sobremanera las matizaciones hechas por los distintos autores que, desde perspectivas diferentes, han consignado las tendencias más significativas y han ido apuntando con agudeza aquellos factores implicados en la variabilidad del orden de los constitu-

⁴ En Rodríguez Guerra (2004: 154) puede verse un cuadro que recoge una amplia relación de autores de distintas épocas que, desde diferentes enfoques, de manera mayoritaria, aunque con ciertos matices en algunos, adscriben el latín al tipo SOV.

yentes que destacan por la frecuencia y el alcance de su actuación y que, en conjunto, configuran el elenco de parámetros que subyacen a los diversos órdenes constatados, tanto en el latín clásico como en textos del latín vulgar y tardío. Tales parámetros incluyen la modalidad textual, factores sintácticos, pragmáticos, discursivos, cronológicos etc. (cfr. Pinkster 1991, Cabrillana Leal 1993 y 1999, Hinojo Andrés 2002, Panhuis 2006).

En cuanto a la ubicación de constituyentes que implican alteración del orden básico interesa saber que la posición medial del verbo se registra ya en latín clásico, con notables diferencias entre los autores. Así, mientras en unos tiene una presencia meramente testimonial, en otros alcanza una cierta entidad, bien en el conjunto de su obra o bien en parte de esta (cfr. Rodríguez Guerra 2004: 161-2). También es importante la matización que hace Bauer (1995: 102) respecto al valor de la posición intermedia del verbo, si bien no necesariamente en una cláusula básica en sentido estricto, señalando que es un medio para asignar énfasis, no al verbo ni al enunciado sino a otro elemento de la cláusula, que es el que se pospone al verbo y que es mayoritariamente su complemento. Sin embargo, la ubicación que ha recibido atención destacada es la que sitúa el verbo en la posición inicial, que en determinados autores y en determinados textos es especialmente frecuente. Esta constatación tiene un interés notable para nuestro propósito, ya que podría ser el origen de un supuesto orden VSO en algún momento del proceso. Los estudiosos coinciden en reconocer de uno u otro modo el carácter marcado de dicha posición, al menos para un significativo número de ocasiones (cfr. Rubio 1982: 211, Luraghi 1995: 371). Panhuis (2006: 439), que explica las distintas posiciones que registra el verbo en función del dinamismo comunicativo, es contundente al respecto: “A verb in the beginning of the sentence has a special significance in all authors”, señalando incluso los valores que comporta en esa posición: “It indicates velocity or agitation”. De cara a lo que aquí nos interesa es importante este hecho porque a partir de la frecuencia aludida podría esperarse, como tantas veces sucede y de acuerdo con el postulado de que la sintaxis de hoy es la pragmática de ayer, que lo que empieza teniendo un valor marcado, a fuerza de repetirse, vaya perdiendo el valor de marcación inicial y acabe gramaticalizándose, por lo que podría haber sido el orden básico en un determinado momento. De hecho, esta es la hipótesis de Bosson (1998: 1.015) para justificar su propuesta de un orden VSO en el latín tardío, que sería el punto de partida de las diversas lenguas romances. Pero su hipótesis no aparece sustentada en datos sino que, constatado el desplazamiento en latín clásico, considera que la inversión ha debido de aumentar progresivamente en la lengua hablada “sans qu’il nous soit possible de suivre cette évolution en détail, à cause des problèmes bien connus de la documentation du latin parlé ou «vulgaire»” [...] “On peut émettre l’hypothèse que l’ordre de base VSO a été le point de départ de l’évolution typologique proprement romane” (*ibid.*)

Sin embargo, la evolución del latín hasta la etapa final del latín tardío no parece que haya sido así, a tenor de lo que los estudios han venido mostrando. La causa de ello radica, entre otros aspectos, en que un orden estadísticamente fuerte puede resultar poco significativo si no va acompañado de los rasgos cualitativos pertinentes. In-

teresa saber, por ejemplo, con qué frecuencia se produce la anticipación del verbo en la cláusula transitiva, pues sabemos bien que en español actual el orden VS es de frecuencia mucho más elevada en cláusula intransitiva que en cláusula transitiva (cfr. Fernández Ramírez 1986) y sabemos también que tanto el castellano medieval (cfr. Suárez Fernández 2006) como el latín (cfr. Bolkestein 1995: 35) presentaban la misma prioridad. Influye también el que la cláusula tenga o no elementos, normalmente de valor adverbial, en posición inicial, lo que ha sido reconocido igualmente tanto para el latín (Bauer 1995: 96) como para el castellano medieval (Elvira 1988: 340) y actual (Fernández Ramírez 1986: 459), aparte de otros posibles factores que minimizan o afianzan el impacto que un orden estadísticamente relevante tiene a efectos del orden básico de una lengua. Desgraciadamente, muchos de los trabajos sobre el particular en latín y en español no establecen distinciones de esta naturaleza; a lo sumo aparece la constatación de que algún factor del tipo de los mencionados produce un cierto efecto sobre la posición SV/VS, sin indicar en qué tipo de cláusula sucede o si sucede en transitivas y en intransitivas con la misma intensidad. Por ello, resultan de sumo interés los trabajos que establecen diferenciaciones en cuanto a estos factores por el mayor aprovechamiento que de ellos se puede obtener.

Las constataciones relativas a las distintas posiciones que adopta el verbo en latín clásico fuera del orden no marcado son importantes en la medida en que afirman que las posiciones más representativas que podemos detectar en el romance de todas las épocas se daban ya en latín clásico, tanto la que sitúa el verbo en posición interna como la que lo sitúa al inicio, por las ventajas que ofrecían para el logro de determinados objetivos. Pero aquí nos interesa sobre todo lo que se pueda deducir respecto del latín vulgar y tardío, pues es el responsable más directo de la situación romance. Dada la escasez de datos del periodo en el que nos movemos, prestaremos especial atención a los trabajos que ofrezcan información sobre la cláusula transitiva que más se aproxime a la cláusula básica, pero sin limitarnos a las que reúnan todos los requisitos que para aquella se han apuntado. En concreto, el requisito que establece el carácter léxico de sujeto y objeto en muchos casos no se cumple porque, con frecuencia, alguna de estas funciones, sobre todo la de sujeto, está desempeñada por un pronombre. Si eliminamos estos casos, en determinados periodos las muestras serían realmente exiguas. Por otra parte, no resulta fácil, incluso en situaciones más idóneas desde el punto de vista documental, reunir muchas cláusulas que cumplan ese requisito, debido al efecto de las restricciones de la Estructura Argumental Preferida formuladas por Du Bois (1987: 833-4 y 2003: 34), las cuales actúan por doble vía sobre el sujeto de una cláusula transitiva: “avoid lexical A” y “avoid new A”, de modo que, si en general no abundan las cláusulas con SUJ y CD léxicos, mucho menos en situaciones caracterizadas por la pobreza de datos. Incluso habrá que valorar aquellas cláusulas intransitivas que por sus características puedan resultar ilustrativas acerca de cuál era el orden preferente o, en su caso, el orden marcado.

2.2. Datos del latín vulgar y tardío⁵

Ofrecemos algunos datos del latín tardío, sobre todo de textos que incorporan rasgos de carácter coloquial o que están más próximos a esta variedad, ya que la información de esta etapa es la que posee mayor interés para todo lo que tiene que ver con los fenómenos romances, pues coincidimos con Hinojo Andrés (1988: 485) en que “no se puede examinar con rigor y profundidad el orden de palabras en castellano antiguo o en cualquier otra lengua románica sin un conocimiento completo del fenómeno en latín tardío”.

Bauer (1995) expone el proceso que revela que, en el curso del tiempo, la frecuencia de la posición medial del verbo se incrementó significativamente y aporta datos que son de interés para ilustrar el proceso cuando incluyen el sujeto y el objeto. Así, en Petronio, entre el 25% y el 30% de los verbos ocurren en posición medial y en la novela de Apuleyo el 35% en cláusula principal y el 28% en cláusula subordinada. “This tendency continued to increase, as the following analysis of Vulgar and Late Latin texts points out: Petronius’s novel, the letters of Claudius Terentianus, The *Peregrinatio*, the *Chronicle* of Anonymus Valesianus” (Bauer, *op. cit.*: 98). Así, por ejemplo, en las *Cartas*, de las veinte oraciones que contienen un sujeto nominal y un objeto, diez presentan el orden SVO (cuatro VOS y tres SOV). En las oraciones sin sujeto explícito la tendencia VO es igualmente clara. En la *Peregrinatio* las oraciones declarativas muestran también predominio de SVO (34%) frente a SOV (21%). Otros órdenes son VOS (22%) y VSO (14%). Igualmente en ausencia de sujeto explícito el orden VO supera ampliamente a OV. Comparando estos dos textos la conclusión es que “As in Terentianus’s letters, not only is VO more frequent than OV, but SVO is also the most common sequence. Its predominance is even stronger than in the letters of Terentianus. Yet the other orderings are still relatively important” (*op. cit.*: 100). En el *Anónimo Valesiano* también VO domina sobre OV en cláusula principal y, cuando el sujeto está expresado, SVO es la estructura preferida (dieciséis ejemplos frente a seis de SOV y dos de VSO, que entiende como sintácticamente motivados por ir precedidos de expresiones temporales) (*op. cit.*: 101).

Los datos derivados del estudio de los textos mencionados apuntan claramente a un avance del orden SVO. Por lo que se refiere a la posición inicial del verbo, Bauer (*op. cit.*: 102) señala que “In Late Latin the verb in initial position was an important narrative feature” y subraya el carácter marcado de ese tipo de ocurrencia: “its occurrence is always related to a specific use or syntactic context: it was a marked order”, lo que significa que continúa con un valor similar al que tenía en latín clásico, aunque registra, al menos en ciertos autores, un uso más intenso.

⁵ Aunque, como señala Bourgain (2005: 15), la expresión “latín vulgar” alude a la lengua hablada de cualquier época de la latinidad, “les premiers siècles de notre ère connaissent un latin “tardif”, plus ou moins teinté de vulgarismes, selon qu’il est parlé par des gens plus ou moins soumis aux règles scolaires, [...]. Ce latin tardif était naguère appelé latin vulgaire à cause de la pression de la langue parlée”.

3. DATOS DEL LATÍN HISPÁNICO

Aunque interesa todo lo relativo a la situación latina en su conjunto, interesan especialmente los documentos del ámbito hispánico. Por ello, singularizamos las aportaciones de algunos documentos pertenecientes a distintas fases de la etapa prerromance o protorromance.

A) *Peregrinatio Aetheriae*

Al tratar los datos del latín hispánico es obligado empezar la información aludiendo a la *Peregrinatio*, pues ya se sabe que se ha convertido en un texto emblemático cuando se trata de rastrear los antecedentes latinos de fenómenos romances, sobre todo de tipo sintáctico, entre ellos el orden de palabras. Su aportación en este terreno hace de este texto un documento altamente representativo porque no solo es una muestra del latín vulgar, sino también, como señala Hinojo Andrés (1988: 439), del latín tardío en Hispania en el siglo IV. Por otro lado, hay que destacar que constituye una muestra clara de la diferencia entre cláusula transitiva e intransitiva en lo tocante al orden de constituyentes. Siendo uno de los textos que habitualmente se aducen como prueba de la alta frecuencia de verbo inicial en latín vulgar y tardío, es importante señalar que las precisiones establecidas por los autores que lo han analizado muestran que en la cláusula transitiva no es así. Los datos del estudio de Hinojo de este texto son especialmente valiosos para la evolución del orden de palabras porque, además de ofrecer los porcentajes absolutos de los esquemas SV (62,4%) y VS (37,6%), señala el efecto que tiene la ausencia de objeto para la ocurrencia inicial del verbo, constataando un porcentaje superior de verbo antepuesto en las oraciones sin objeto, en las oraciones intransitivas o en las oraciones con objeto si este es un pronombre, subrayando que “en ningún caso el porcentaje de verbos antepuestos supera el de sujetos” (Hinojo Andrés 1988: 441). Los datos de Hinojo son coincidentes con los que más tarde ofrece Bauer, que atienden también a los tres elementos (SOV), los cuales hemos consignado antes (cfr. *supra*), y ambos vienen a corroborar y, a la vez, completar lo que había mostrado Väänänen (1987) en su estudio del texto en relación con los tipos de oraciones que presentan VS⁶, así como en relación con la significativa presencia de SVO.

B) *Las pizarras visigodas*

Otros testimonios, estos mucho más fragmentarios pero no por ello menos indicativos allí donde ofrecen datos, son los extraídos de las pizarras visigóticas, que nos permiten contar con algún dato de los siglos VI y VII, si bien son testimonios de

⁶ El autor destaca la elevada incidencia de VS en oraciones pasivas y de verbo intransitivo, sobre todo las que llevan complemento inicial de tipo adverbial, así como en aquellas en que el enunciado aporta novedad (cfr. Väänänen 1987).

poca entidad por su extrema esquematicidad. Aun así, los pocos datos que se pueden extraer pueden ser interpretados como indicios de una tendencia y ya hemos advertido que en épocas de marcada carencia documental no podemos desaprovechar ningún elemento que pueda aportar algo de luz. La utilidad de los fragmentos de algunas pizarras para la información sintáctica, incluido el orden de palabras, fue subrayada por Velázquez Soriano (2004: 543), “dado que, a pesar del fragmentarismo de los textos, algunos de ellos que se han conservado con una cierta extensión, permiten ver cómo se tendía a organizar la frase, se fijaban las secuencias sintagmáticas, incluso cuál era el orden de palabras preferente” y, al referirse a la lengua que presenta el texto de una de las pizarras, que es una carta, afirma: “La redacción de la carta nos presenta una estructura sintáctica, con predominio de un orden de palabras SVO, que se ha ido imponiendo en los textos tardíos”. En efecto, en varios de los textos transcritos de las pizarras se pueden identificar ejemplos del orden SVO, aun dentro de su evidente fragmentarismo:

Cus [...]
leuauit fromas + sep[tem...] (Velázquez Soriano 2004: 166-7)
ego adduxsi teste ipse Froila (*op. cit.*: 223)
X(ristus) audiat suas tribu + quis [...] (*op. cit.*: 423).

A los casos de SVO pueden sumarse algunos de SV, a veces con elisión de objeto (Aurili{an}us alebat [...] sestari<u> unu (*op. cit.*: 283), pero es evidente que, aparte de los vacíos textuales derivados de la conservación de la pizarras, el carácter de los textos no proporciona material abundante para un objetivo como este, pues muchos son meras relaciones de bienes, pagos o adjudicaciones y en ellos no figura ningún verbo explícito, y en los casos de cláusula transitiva esta no siempre responde plenamente a la cláusula básica.

C) Documentos del *Cartulario de San Millán*

El estudio efectuado por Blake (1992) de los documentos notariales del Cartulario de San Millán de la Cogolla (siglos IX al XI), con exclusión de las cartas reales, tiene como valor añadido el analizar documentos pertenecientes a la etapa más próxima al romance pleno, de modo que la información que de ellos se desprenda resulta muy significativa. Para el autor son una muestra del español antiguo, con ortografía latinizante, de los siglos IX-XI. Con independencia de que se consideren representantes del romance o de un latín más o menos vulgarizado, su interés para lo que aquí se analiza es el mismo, puesto que lo que está claro es que representan una variedad que nada tiene que ver con el latín clásico y que cronológicamente precede de modo inmediato al romance escrito. El estudio (Blake, art. cit.: 294) arroja los resultados siguientes:

ORDEN	SIGLO IX	SIGLO X	SIGLO XI
% SOV	12	19	13
% O ₁ V(S)O ₂	6	1	11
% SVO	38	38	45
% V(S)O	44	37	38
% VO (TOTAL)	82	75	83

Los datos reflejan con claridad la escasez del orden SOV, el carácter excepcional del orden O₁V(S)O₂ en todo el periodo y una igualación, pero con cierta superioridad, precisamente a medida que avanzamos en el tiempo (siglo XI), de SVO frente a VSO. La diferencia entre los dos órdenes es aún mayor si tenemos en cuenta que en V(S)O están incluidos los casos en que no hay sujeto explícito, es decir, en el total están tanto VSO como VO. Por ello, no encontramos confirmación a la interpretación que de estos datos hace López García (2000: 172) para apuntar para este periodo un orden “VSO si existe sujeto léxico, o simplemente VO, cuando los morfemas flexivos del verbo se bastan para manifestar el papel del sujeto”.

Las indicaciones de los estudios documentales que hemos tomado como muestra no permiten afirmar un predominio del orden VSO en ninguno de los tipos de textos anteriores al romance escrito. Los porcentajes más significativos de verbo inicial y sujeto pospuesto no se dan en la cláusula transitiva; por otra parte, es evidente que el verbo tampoco ocupa la posición final. La información derivada de todos estos documentos nuevamente apunta a un progresivo afianzamiento del orden SVO. No podía ser de otro modo a la vista de lo que revela el estudio efectuado por Rodríguez Guerra (2004: 161). El autor recoge la información que sobre el orden de constituyentes en latín ofrecen los diversos trabajos que se han ocupado de esta cuestión. Los textos analizados van desde el siglo V a. C. hasta el siglo XI d. C., incluidos algunos de los que hemos comentado aquí. A partir de esta recopilación muestra que, aun siendo minoritario, SVO va mostrando una evolución *in crescendo* hasta el siglo V y afirma que “A partir do século V SVO é sempre a orde máis documentada excepto naqueles casos de escritores máis cultos que, conscientemente empregan un latín que tenta reproducir exactamente os moldes gramaticais recoñecidos como clásicos”. Además, la tendencia se confirma con los datos relativos al orden del verbo y el objeto, que han sido el tema de muchos estudios. Al respecto afirma que “dende o século II, pero sobre todo o V, advírtese claramente que a efectos estadísticos a posposición de O a V é xa a norma e non a excepción”, aunque, naturalmente siguen conviviendo VO y OV (art. cit.: 165; cfr. también 168).

De acuerdo con los datos anteriores y teniendo en cuenta que el orden SVO es general en la Romania, su implantación parece ser un hecho consumado ya en latín. De hecho, el paso de OV a VO se había producido, si no antes, al menos en el latín tardío como señala Hinojo Andrés (2002: 631 y 633)⁷. Pero, con independencia de

⁷ Distinta opinión a este respecto manifestó Pinkster, quien al constatar en relación con textos latinos como *Peregrinatio*, *Acta conventus carthaginensis* y *Mulomedicina Chironis* que presentan la misma variedad que el Latín Clásico (1991: 79-80), considera que “In our texts there is no support for claiming that by AD 400 word order had changed into SVO”, y como resultado final de su análisis

que asumamos o no esta posibilidad, lo que es indudable es su fuerte presencia en las distintas fases del periodo comprendido entre latín tardío y el romance escrito. En ese gran arco cronológico ha venido registrándose en distintos tipos de textos, lo que es una prueba de la ampliación de su dominio a las diversas modalidades discursivas. Por tanto, se puede decir que en esa etapa había alcanzado un considerable grado de consistencia, hasta el punto de que la situación de partida del romance exhibida por los testimonios documentales es de clara posición inicial del sujeto en la cláusula transitiva. Habrá que ver ahora si en los primeros textos romances se observa un cambio de patrón o si, por el contrario, suponen la continuación de la tendencia mostrada en la etapa inmediatamente anterior.

3. DATOS DEL ROMANCE TEMPRANO Y DEL CASTELLANO PREALFONSI

3.1. El testimonio de las *Glosas Emilianenses*

Las glosas romances que figuran en el texto conocido como Códice Emilianense 60 son las que han recibido atención preferente por parte de los estudiosos del romance, pero el manuscrito en el que aparecen contiene otras indicaciones destinadas a aclarar el texto latino, marcadas por diversos procedimientos, que son también de interés para el romance. Así, hay glosas léxicas latinas e indicaciones gramaticales para reconocer las funciones sintácticas clausales. Estas consisten en la pregunta formulada mediante *qui* para el sujeto, *ke* para el objeto directo, *cui* o *quibus* para el objeto indirecto, *cuius/quorum* para los genitivos y *ke* acompañado de preposiciones, *de ke*, *ad ke*, etc., para diversas funciones (cfr. Stengaard 1991: 177-8, Wolf 1991: 17-40). Cuando la cláusula carece de sujeto explícito, se pone en su lugar el pronombre personal si se trata de la primera o de la segunda persona, o la palabra que designa el referente que está elíptico si se trata de la tercera. Un ejemplo aclarará cómo se efectúan las indicaciones referidas:

^uUnde uenis; ⁺Et respondit^{qui} princeps Fui^{ego} in^{ke} alia prouincia ⁺et suscitabi^{ego} bellum^{ke}
(Wolf 1991: 126-7)⁸.

A las glosas gramaticales o morfosintácticas, como han sido denominadas generalmente, se añaden otras indicaciones de tipo gráfico, como muestra el ejemplo anterior, que señalan el comienzo de cada cláusula mediante el signo +, acompañadas

sis de diversos textos del latín clásico y latín medieval afirma: there is no reason for assuming a SOV order in Classical Latin, nor is there one for assuming a SVO order by AD 400 [...]. Students of Early Medieval Latin need not hurry to find SVO”.

⁸ Seguimos la edición de Wolf (1991) y adoptamos la presentación que ofrece dicha edición, la cual refleja la ubicación gráfica de las indicaciones, además de incluir todo tipo de glosas. A veces introducimos pequeñas variantes en cuanto a la ubicación anterior o posterior respecto de una palabra, que no tienen repercusión para interpretar el valor de las mismas porque está claro a qué palabra se refieren. También colocamos antes o después de la palabra correspondiente las anotaciones que en el texto de la edición aparecen superpuestas a otras.

del uso de letras que se superponen a las palabras de la cláusula o de los sintagmas. A estas últimas anotaciones les llama Stengaard glosas alfabéticas: “^aEt ^aoccidit ^eeum ^bDominus ^dgladio ^{de} ^{ke} ^foris ^esui ^{cuius}” (Wolf: 141). Como se puede observar, en el caso de la cláusula, después de señalar el comienzo superponiendo el signo + al nexos *Et*, la letra *a* se superpone al verbo, *b* al sujeto cuando está expreso, *c* al objeto directo, y así sucesivamente. En el sintagma nominal, el modificador sigue al núcleo y el posesivo generalmente se sitúa antes del sustantivo. El procedimiento en la asignación de letras, si bien no se mantiene al cien por cien, lo cierto es que, al menos tal como aparece en la edición de Wolf, presenta un elevado grado de sistematicidad. No hace falta decir que para lo que aquí observamos estas glosas revisten especial interés, porque, como era de esperar, la asignación de letras ha sido vista mayoritariamente como el modo de marcar el orden de palabras en la cláusula y en la frase. La primera interpretación en este sentido es la de Menéndez Pidal (1926: 3), que interpreta también las indicaciones gramaticales de orden funcional:

Además de las glosas, el monje anotador marcó con una + el comienzo de cada oración gramatical, señaló con letras *a*, *b*, *c*, *d*, etc., el orden lógico de las palabras, para deshacer el hipérbaton, y declaró por medio de relativos o sustantivos latinos el sujeto de los verbos que no llevan expreso, el oficio de los complementos verbales y el sustantivo que los pronombres representan.

Stengaard (art. cit.: 179) entiende igualmente que “The alphabetical glosses certainly indicate romanizing. What is being romanized is the text’s word order”. Pero con la mera alusión al orden no queda precisado de qué orden se trata, porque no todos los que se han acercado al manuscrito de las Glosas han interpretado la asignación de letras como reflejo del mismo orden de palabras; en concreto difieren en lo concerniente a la palabra a la que acompaña *a* en la cláusula. Así, Hernández Alonso (1993: 69) señala que lo más frecuente es que sobre el sujeto aparezca *a* y si consta de nombre y adjetivo *a*, *b*, le suele seguir el verbo, *c*, etc., y aunque reconoce que no hay regularidad total, “lo cierto es que siempre se acomoda el orden al correspondiente del enunciado romance” (*ibid.*). Igual interpretación correlativa hacen Ruiz Asencio (1993: 94)⁹ y Díaz y Díaz (1996: 657) al asignar *a* al sujeto y a partir de ahí el resto correlativamente y es también lo que se deduce de las palabras de Pidal en su mención del orden lógico¹⁰. Algunos autores aducen ejemplos de secuencias con verbo elíptico

⁹ Ruiz Asencio, después de explicar que las letras tienen la función de marcar el orden lógico de las palabras dentro de la oración, justifica la no incorporación de las mismas, y de otros signos gráficos, en la transcripción que realiza del facsímil alegando que “una vez explicada la función que desempeñan, sirven de muy poco y dificultan, en cambio, la comprensión” (*op. cit.*: 94). Al no figurar en la edición no se puede ver la ubicación asignada en cada caso.

¹⁰ Hay incluso quien entiende que las letras tienen la misión de señalar si se trata de nombres, adjetivos, verbos... (cfr. Nieto Viguera 2007: 64), lo cual no es cierto, porque la misma letra, aunque normalmente se asigne a una clase de palabra, aparece también asignada a otras y, por otro lado, en secuencias de cierta complejidad, aparecen otras letras sobre los mismos tipos de palabras: “^aEt sur-
gite ossa arida. ^baudite ^cuerbum ^ddomini ^eet in jlla die ^fjudicabit ^gdominus ^jpopulum ^hsuum” (Wolf, *op. cit.*: 142).

—al menos como una de las posibles interpretaciones—, en cuyo caso la letra *a* corresponde al sujeto por elisión del verbo¹¹.

Por el contrario, López García (2000) y Bosson (2006), partiendo de una asignación como la realizada en la edición de Wolf (1991), en la que de modo mayoritario *a* acompaña al verbo, *b* al sujeto, etc., entienden que estas indicaciones son la prueba palpable de que el romance de la época de las Glosas responde al orden que las letras indican y que para la cláusula sería VSO. Evidentemente, esta es la interpretación que vamos a analizar, pues si se ajusta a lo que figura en el manuscrito, es la que tiene más interés para la identificación del posible orden del período correspondiente porque, de ser cierta, supondría un orden no reconocido generalmente para la lengua medieval. Deteniéndonos en la interpretación de ambos autores, intentaremos mostrar que no creemos que sean indicadoras de un orden de ese tipo y para ello tendremos en cuenta también el resto de las glosas gramaticales, es decir, las dirigidas a la identificación de las funciones semántico-sintácticas. Es importante señalar que la mayoría de los autores ha destacado el carácter didáctico de todas las anotaciones del manuscrito. Cuestión aparte es dilucidar el sentido pedagógico de cada indicación. Las inserciones de interrogativos que tienen por objeto la identificación de funciones —glosas sintáctico-funcionales en la denominación de Bosson (2006)— parecen claramente destinadas a ayudar a descubrir y resolver la estructura de las cláusulas del texto para la comprensión de este, ya sea por parte del maestro para facilitar la tarea al alumno, ya sea por parte del estudiante o aprendiz de latín que pone en práctica la estrategia enseñada por el maestro¹², pero de la asignación de letras no se desprende un objetivo tan preciso, pues pueden ser indicadoras de aspectos diferentes al del orden de palabras romance —cualquiera que sea (SVO o VSO)—, aunque esta haya sido la valoración que generalmente se ha hecho de dichas indicaciones. A continuación vamos a mostrar más en detalle la lectura que los dos autores ya mencionados han realizado de las letras superpuestas, exponiendo brevemente las coordenadas en las que cada uno enmarca su propuesta.

La interpretación de López García (2000) sobre las consecuencias del latín bíblico en la evolución latino-romance tiene especial reflejo en el orden de palabras. Según el autor, el latín de las versiones bíblicas de los siglos IV al VII ha propiciado el paso del orden SOV a SVO porque introdujo una nueva organización de la escena oracional (cfr. *op. cit.* 97-114). Así, frente al latín clásico, en el que las frases nominales (S y O) van apareciendo por orden de importancia y el verbo redondea la com-

¹¹ Para evitar posibles ambigüedades de este tipo nos ceñimos a la observación de las cláusulas con verbo expreso según la colocación de las letras que ha realizado Wolf (1991) en su edición de las Glosas.

¹² No entramos en la discusión de si el glosador es el maestro o el estudiante de latín, pero la sistematicidad en la aplicación de los procedimientos didácticos, así como el afán de concreción y explicitud que exhiben tales procedimientos hacen pensar en el maestro. De hecho, la mayoría de los autores se inclinan por esta opción (cfr. Díaz y Díaz (1978: 28 y 1996), Wolf (1991: 21, 28 y 30), Hernández Alonso (1993: 67 y 75). Al mismo tiempo, ciertos errores podrían hacer pensar en el discípulo, pero, como señala Stengaard (art. cit.: 179): “Not everything is correct, though; there are errors and mistakes, but apprentices are not the only persons who make mistakes”.

posición (SOV), en el latín biblizante la escena se presenta en forma dual, oponiendo el sujeto (S) al predicado (V y O)¹³. Como el elemento obligatorio y constitutivo es V, resulta lógico que se prefiera VO a OV, de donde resulta SVO. El cambio tuvo como detonante fundamental la *Vulgata*, que introdujo la bipartición de la escena oracional¹⁴. La lengua de los siglos VIII-IX experimenta, según López García, un nuevo vuelco, que consiste en la adopción de la estructura de las lenguas de rección, en la que el verbo domina a los distintos argumentos y los va introduciendo por orden de importancia, lo que conduce a una sucesión VSO, si existe sujeto léxico, o VO si los morfemas flexivos bastan para manifestar el sujeto (cfr. *op. cit.*: 171ss). Para señalar lo que sucede en este periodo toma los datos del estudio de Blake que hemos consignado aquí (cfr. § 3,c)), respecto a los cuales ya hemos señalado que no encontramos confirmación a su interpretación de la superioridad de VSO; si de VO, que ya venía de mucho antes. Como prueba del orden VSO aduce el testimonio de las *Glosas Emilianenses*, en lo que atañe a las glosas gramaticales, que entiende que son anteriores a las glosas romances del XI, probablemente del x¹⁵. A partir del tipo de indicaciones vistas en los ejemplos que hemos transcrito, López García, en las conclusiones del estudio de las glosas gramaticales, en las que incluye las glosas alfabéticas, señala en primer lugar las relativas al orden y afirma que “El orden de palabras oracional propuesto en las glosas es VSO, VS, corrigiéndose el orden SVO, SV del texto cuando resulta necesario” (*ibid.*: 182).

Bossong (2006), por su parte, encuentra en las glosas que llama sintáctico-posicionales una prueba del orden VSO, que había propuesto como paso intermedio entre SOV latino y SVO de las lenguas romances (Bossong 1998: 1.014-1.015). El autor, partiendo de la distinción de Tesnière entre linearización centripeta (hacia el verbo) y centrifuga (que se aleja del verbo) relativa a los principios construccionales de la oración, establece el principio de “extremidad del verbo” —el verbo tiende a ocupar un extremo de la oración—, el cual, unido al principio de “afinidad temática del sujeto”, da lugar a VSO como el tipo centrífugo puro, realizado con cierta fre-

¹³ Tal proceso se produce, según López García, del siguiente modo: el latín de las versiones bíblicas introdujo una nueva organización de la escena oracional al aislar la frase nominal de la que se habla (el tema), generalmente en nominativo, y oponerla al resto de la escena. Pero la simple organización temática se ajustaba mal a un sistema en el que los casos seguían vigentes y la concordancia verbal expresaba un papel que era desempeñado por el nominativo. Ello obligó al latín protorrománico a extraer funciones del fondo de la escena oracional y crear, junto al predicado, las funciones de objeto directo, indirecto y circunstancial (cfr. López García: *op. cit.*: 99-114).

¹⁴ El autor explica el efecto del latín bíblico y en concreto de la *Vulgata* desde una interpretación matizada de la teoría de catástrofes. Desde esta perspectiva entiende que la *Vulgata* fue una tormenta porque provocó un choque con lo que era la situación anterior, de manera que una vez pasada la fase tormentosa el resultado fue algo distinto (cfr. *op. cit.*: 44-8 y 104-14). Para una crítica a algunos de los postulados de López García sobre la influencia del latín bíblico en la conformación de la sintaxis romance remitimos a Hernández Alonso (2003: 139-45).

¹⁵ A los efectos de lo que aquí interesa importa poco la ubicación en un siglo u otro, pues, como señala Bossong (2006: 536) refiriéndose a las diversas dataciones de las Glosas, “nos encontramos en el mismo espacio sincrónico, en la bisagra entre el latín hablado tardío y el romance que comienza a darse cuenta de su identidad propia”.

cuencia pero tendente a transformarse diacrónicamente en el tipo centrífugo mixto SVO, debido a la presión del adelantamiento del sujeto. Ambos órdenes, junto con el centrípeto puro SOV, constituyen los tipos a los que se adscriben la mayor parte de las lenguas del mundo, si bien el tipo VSO es netamente minoritario. Según el autor, la evolución del latín al romance ha pasado por los tres órdenes: latín clásico: SOV → latín tardío / romance temprano: VSO → romance moderno: SVO. Afirma que ya en latín tardío se observa el cambio de SOV a VSO, según muestra la prosa de la *Vulgata* o la *Peregrinatio*, y todas las lenguas románicas han pasado por esa fase. La diferencia entre unas y otras está en el momento en que pasan al tipo SVO (cfr. Bossong 1998: 1.012-5 y 2006: 529-34). Respecto al romance español, las anotaciones referidas de las *Glosas Emilianenses* constituirían un testimonio claro de ello.

Antes de nada debemos notar la distinta interpretación que los autores hacen de los textos. Así, frente a las consideraciones de Bossong, recordemos que, para la *Peregrinatio*, tanto los datos provenientes de Bauer como los provenientes de Hinojo Andrés dan como orden predominante SVO en la cláusula transitiva (cfr. *supra* §§ 2.2 y 3, a)). Para la *Vulgata*, López García señala un orden SVO; es más, la considera responsable de la bipartición de la escena oracional que desemboca en el orden SVO. Por el contrario, para Bossong es una muestra del orden VSO. Hay, pues, una evidente disparidad en la valoración de los mismos textos, quizá motivada por la indistinción de los tipos de cláusulas. Al margen de estas divergencias, la interpretación que ofrecen ambos autores de las letras superpuestas a las palabras o a los sintagmas del texto de las *Glosas Emilianenses* como indicadoras de un determinado orden parece concluyente. Según la ordenación correspondiente a la disposición de las letras sobre los constituyentes clausales el orden sería VSO, pues, como se ha visto, al verbo, cuando no está en primera posición, se le superpone la letra *a*; al sujeto, si está expreso, la letra *b*; al objeto, la *c*, y así sucesivamente: “⁺Et ^bjnsipiens ^aabebit ^cpotestatem super ^csapientem” (Wolf, *op. cit.*: 131).

Entendemos, sin embargo, que es posible otra interpretación de las referidas anotaciones o glosas según la cual esta disposición de letras sobre palabras o constituyentes no tendría por qué significar el orden de los elementos en la secuencia. Teniendo en cuenta que, como ya hemos señalado, el texto que contiene las glosas se está utilizando, entre otras finalidades posibles, para enseñar sintaxis latina (cfr. Díaz y Díaz 1978 y 1996, Wolf 1991, Hernández Alonso 1993) o, al menos, para descifrar la estructura de las unidades sintácticas con el objetivo de interpretar el texto y probablemente traducirlo, a nuestro modo de ver, tales indicaciones serían también una estrategia para lograr ese objetivo, junto con los procedimientos seguidos para identificar las funciones por medio de interrogativos:

⁺Et ^{qui}mulier^b ^{ke}ancillam^c dominabitur^a domine^e ^{cujus}sue^d (Wolf, *op. cit.*: 133)

y la adición de elementos no expresados, concretamente, pronombres de 1ª y 2ª persona para el sujeto y sustantivos elípticos por los que se ha preguntado en el caso de la tercera persona:

^{tu}Unde uenis; ⁺Et respondit ^{qui}princeps ^{Fui}ego ^{jn}ke; ^{jn} alia provincia (Wolf, *op. cit.*: 126-7).

Es más, la asignación de las letras representaría la primera estrategia que ponía en práctica el maestro —o el estudiante— al enfrentarse al análisis del texto, puesto que, si el objetivo era descifrar la estructura de este para su comprensión, parece lógico que, sobre todo en una configuración secuencial como la del latín, la primera actuación se dirija a localizar el verbo para, a continuación, identificar las funciones de los elementos que se agrupan en torno a él, concretadas aquí en los casos —o en lo que queda de ellos—, empezando por las que conforman su esquema actancial y siguiendo por las posibles funciones no actanciales, según los rasgos formales de las distintas palabras o expresiones. Pero ello no llevaría asociado necesariamente que ese orden en la manera de proceder representase también el orden de los elementos en la secuencia. Al fin y al cabo, no sería algo muy distinto del procedimiento tradicionalmente recomendado en la enseñanza escolar de la gramática latina —y también de la española— para el reconocimiento de las funciones oracionales “en la Europa de 1000 años después”, como recuerda Wolf (*op. cit.*), que se concretaba en las siguientes instrucciones: miramos al verbo y le preguntamos *quién* para el sujeto, *qué* para el objeto directo, *a quién* para el objeto indirecto, etc., de lo que, evidentemente, no se derivaba que tales estrategias reflejasen un orden VSO. De esta metodología da fe una gramática escolar para la enseñanza del latín que reproduce paso a paso el valor que entendemos que tienen las letras de las Glosas en el proceso de identificación de los valores funcionales. Así, al proponer los primeros ejercicios para analizar y traducir se procede del modo siguiente:

Puella aquam Agricolae dat.

—Busca primero el verbo: *dat*; veo que es 3ª p. s.

—Luego busca el sujeto, si lo hay expreso, estará en N.s. A continuación se señala que *aquam* es acusativo y se explica por qué a *agricolae*, de los distintos casos en que puede estar, aquí le corresponde el dativo singular.

—Pongo en orden normal español: *Puella dat aquam agricolae* = La muchacha da agua al labrador¹⁶.

Como vemos, después de la identificación de funciones, se da la indicación de la ordenación de la frase para la traducción al español, sin que las instrucciones de buscar primero el verbo, después el sujeto, etc., llevasen implícito que los elementos debían adoptar ese orden en la secuencia¹⁷. Al contrario, hay la constatación explícita

¹⁶ Fernández Gamboa, C. & F. Gómez del Río: *Lengua latina. Gramática y método*. Madrid: S. M., 1969, 28.

¹⁶ Se trata, en cualquier caso, de un modelo de enseñanza-aprendizaje de la lengua latina, que, en lo sustancial, no difiere del que siguió utilizándose para el análisis y traducción de dicha lengua y en el cual, insistimos, no hay por qué ver un reflejo del orden de palabras de la lengua de quien analizaba el latín, sino un simple método de análisis y probablemente traducción. Su continuidad y la alusión explícita a que el orden de palabras no coincide con el que resulta de la aplicación metodológica elegida las encontramos en la gramática citada. El mismo modo de proceder se repite en el ejercicio siguiente:

Puella reginae coronam rosa ornat.

—Miro el verbo: *ornat*.

—El sujeto estará en nominativo..., veo que *coronam* es Acusativo, será CD, etc. Y al final, ordeno la frase: *Puella ornat coronam reginae rosa* = La muchacha adorna la corona de la reina con una rosa.

de que no era así desde el momento en que la ordenación conforme al español representa un paso más del análisis.

Dos de los problemas que se plantean en relación con las glosas atañen a cuántas fueron las manos que han intervenido en el texto y a la cronología de las distintas anotaciones. La explicación anterior sobre el sentido de las letras encaja en el supuesto de que las glosas alfabéticas fuesen las primeras en ser insertadas (cfr. Díaz y Díaz 1996: 657) o lo hiciesen junto con las glosas gramaticales de tipo funcional¹⁸. Sin embargo, según Wolf (*op. cit.*: 44-5), las letras fueron las últimas glosas introducidas, después de las anotaciones gramaticales¹⁹; de ahí que el autor entienda que “indican el orden de palabras” (*op. cit.*: 37). Dado que, en su opinión, dicho orden de palabras no se corresponde con el del romance (SVO), lo enmarca en “una tradición de la enseñanza del latín independiente del romance —cfr. la posición PSO—” (*op. cit.*: 40), que implicaría la lectura de la oración según el orden de las letras. Ahora bien, aunque fuesen las últimas anotaciones introducidas, ello no obliga a interpretar que tuviesen como objetivo reflejar el orden secuencial, ni latino ni romance. Hay que pensar que, en ese caso, quien introducía tales anotaciones estaba actuando sobre un texto ya trabajado para la enseñanza, con una serie de indicaciones gramaticales y léxicas encaminadas a facilitar el desciframiento de la estructura gramatical y la comprensión del texto. En esta circunstancia, la asignación de letras por parte del nuevo glosador —o incluso del mismo en fecha posterior como apuntan algunos (cfr. Ruiz Asencio 1993: 95)— podía ser igual la primera estrategia desplegada para dar orientaciones sobre cómo empezar a abordar el análisis, con la ventaja de que el resto del trabajo ya estaba hecho. Por supuesto, en dicha tarea lo primero es señalar el comienzo de cada unidad (+) e identificar el verbo (*a*) y a continuación los elementos relacionados con él, empezando por el sujeto (*b*) y así sucesivamente. La ventaja estaría en que los diversos constituyentes tenían ya anotada la pregunta para su reconocimiento y en muchos casos la consiguiente respuesta, así como adiciones explicativas que recuperan referentes para su plena identificación. En definitiva, las letras ordenarían los pasos que debían seguirse en el proceso de delimitación de la unidad sintáctica y sus constituyentes, los cuales aparecían ya identificados por algún glosador anterior. Dicho de otro modo, las letras indicarían el orden que debía seguirse para interpretar el texto con las anotaciones gramaticales previas. Por tanto, esta cronología de la inserción de las letras no altera necesariamente el fin que para ellas hemos propuesto. Podemos aceptar con Wolf (*op. cit.*: 38) que “debemos partir de la suposición de que la oración debía ser leída siguiendo el orden indicado por las letras, es decir, +, *a*, *b*, *c*, etc.”, siempre y cuando consideremos que la oración latina es reconstruida así para precisar sus límites y sus constituyentes. Pero ese ejercicio de lectura solo es po-

¹⁸ Díaz y Díaz entiende que primero fueron las glosas que señalan los valores gramaticales por medio de lo que solemos llamar “ordenación” y después hubo “otra operación anotadora, algo posterior, pero de la misma mano a lo que parece, en la que se identifican las funciones mediante los interrogativos (cfr. Díaz y Díaz 1996: 657).

¹⁹ El autor propone una cronología de los distintos tipos de glosas en función de las condiciones físicas de su presentación, es decir, el espacio disponible para cada una y el lugar de ubicación (cfr. Wolf, *op. cit.*: 43-7).

sible después de que de manera gradual se hayan ido identificando las diversas unidades funcionales. Para tal identificación, los pasos indicados por las letras resultarían de gran utilidad; por tanto, la posible lectura de la unidad al completo sería el resultado de la utilización previa de las letras para la delimitación de la unidad y de los respectivos elementos integrantes. Ahí reside, pues, su función y no en marcar el supuesto orden romance, aunque muchas veces pueda haber, en efecto, coincidencia secuencial según de qué tipos de cláusulas se trate, ni, por supuesto, ningún orden latino.

Pero en el propio texto de las Glosas hay datos que muestran que la asignación correlativa de las letras no puede ser tomada literalmente como indicación del orden secuencial de los constituyentes. Así, cuando el sujeto está elíptico, se hace la pregunta con *qui* superpuesta al verbo y se reproduce la palabra elíptica o se añade la forma pronominal de primera o segunda persona, como ya dijimos: “^{tu}Unde uenis; ⁺Et respondit^{qui princeps} Fui^{ego} jn alia prouincia ⁺et suscitabi^{ego} bellum^{ke}” (Wolf, *ibid.*:126-7). Lógicamente, el sujeto elíptico solo puede recuperarse a través del verbo, y lo que tales adiciones revelan es el interés por identificar todas las funciones del esquema predicativo y las expresiones que las representan, pero de ello no podemos deducir que en latín o en el romance temprano fuese obligatoria la presencia en el enunciado de todos y cada uno de los elementos que configuran un esquema, incluido el sujeto, aunque estuviesen perfectamente identificados contextualmente o representados por alguna proforma, como, sin embargo, podría pensarse a partir de las glosas de este tipo: “⁺Et dicit^b ei diabolus^a: ^cjñ quantum tempore ^{ke}hoc^{ke mandatu} fecisti^d? ⁺Et ^{qui diabolus}jñ^b ^arespondit: ^cjñ uiginti diebus” (Wolf, *op. cit.*:128). Otro dato en este sentido es que, cuando el verbo va en primera posición, se asigna la primera letra *a* al sujeto (“⁺Et exiebit^{qui} aqua^a de^b ^{ke}fluminia” (Wolf, *op. cit.*: 133)) o al objeto si no hay sujeto expreso (“Et occidunt^{qui inimici} ^{ke}homines^a ^bcirca ^{ke}beritate^c” (Wolf, *op. cit.*: 132) o a la función de la que se trate (“et sedeuit^{qui filius a} ^{jñ} ^{ke}nube” (Wolf, *op. cit.*: 140)), lo que significa que, identificado el verbo porque inicia la cláusula, se procede a identificar las otras funciones relacionadas con él por orden correlativo en el esquema, es decir, según la posición en la jerarquía de funciones de la predicación, que podrá coincidir o no con la posición en la secuencia. Pero, además, algunas glosas romances presentan el orden SV, lo que no deja de ser significativo: “Et *tertius ueniens*(a), *id*(b) est quia in nuptias(e) ipsum sponsum(f) occidi(d)”²⁰. La primera parte de la secuencia se glosa como “e lo terzero diabolo uenot”²¹. También se pone el sujeto antepuesto en la glosa

²⁰ Adoptamos la presentación de García Larragueta cuando no es necesario visualizar la representación gráfica del texto de las Glosas, aunque damos también la referencia de Wolf. Cfr. García Larragueta (1984: 106), Wolf (*op. cit.*: 128).

²¹ La riqueza de esta glosa romance es comentada por Hernández Alonso por la información de distintos tipos que proporciona. El autor señala que es una rica glosa romance en la que vemos el artículo, un determinante, *terzero*, la inserción aclaradora del núcleo, *diabolo*, y la supresión del participio de presente, que no era usado en castellano, sustituido en este caso por el pasado simple (Hernández Alonso 1993: 258).

romance cuando se explicita mediante el pronombre personal: *nos* non kaigamus²², *tu* iras²³, *nos* lebartamus²⁴.

La interpretación de las indicaciones correlativas de las Glosas en la línea de López García y Bossong presenta además dos importantes escollos. Por un lado, conduce a un orden prácticamente rígido, puesto que se repite de modo casi sistemático, con independencia del tipo de cláusula; de hecho, así lo confirman ambos autores (cfr. López García, *op. cit.*: 182). Las palabras de Bossong (2006: 539) a este respecto son contundentes:

El orden VS (C, O) es rigurosamente observado. Frente a la libertad del latín, que puede variar el orden del verbo y del sujeto por razones estilísticas y rítmicas, el estado de lengua reflejado en las *Glosas Emilianenses* se caracteriza por un *orden esquemático e invariable* [énfasis nuestro]. Se reproduce cada VS del latín por un VS románico, y se transforma cada SV del latín en un VS románico. La uniformidad sintáctica es total.

La afirmación resulta sorprendente porque no se compadece con lo que los diversos estudios sobre distintos tipos de textos venían apuntando para este período (IX-XI), ni para todo el periodo del latín vulgar y tardío, en los que se constata variabilidad en el orden. Al mismo tiempo, los datos que los estudios ofrecen certifican ya una notable consistencia del orden SVO, como también de VS(O), sobre todo en ciertos tipos de cláusulas, que no son precisamente cláusulas básicas. A este respecto es significativa la afirmación de Hinojo Andrés (2002: 635) de que “en latín tardío, especialmente en los escritores más influenciados por la Biblia, hay una tendencia a posponer el sujeto, aunque nunca alcanza porcentajes superiores al 35%”, lo que cobra más valor aún teniendo en cuenta que aclara que el sujeto tiende a posponerse con perífrasis pasivas o con verbos intransitivos. Por otro lado, resulta igualmente sorprendente que desde la constatación tipológica del carácter minoritario del orden VSO, frente a los dos órdenes que los hablantes privilegian, los que tienen sujeto inicial (SOV y SVO) (Bossong 2006: 531), por tanto, órdenes temáticos, los hablantes del romance, casi de forma repentina, alterasen los principios básicos de construcción de una predicación optando por la posibilidad opuesta, la construcción atemática. Además, esta supuesta forma de proceder no encaja bien con el trato preeminente otorgado al sujeto de manera reiterada, frente a las otras funciones actanciales, consistente en la identificación de su referente en prácticamente todas las cláusulas. Tampoco encaja bien con la probada tendencia a las frases nominales iniciales que muestra el romance desde sus orígenes, y que mostraba también el latín, así como el romance posterior. Por otra parte, si todas las lenguas pertenecientes al tipo VSO tienden a transformarse diacrónicamente en el tipo SVO, como señala Bossong, caso del hebreo y las lenguas neoarábicas, el romance primitivo habría efectuado un movimiento mucho más radical y de carácter extremo, puesto que el punto de partida era, a todas luces, un esquema con sujeto inicial, al contrario de lo que sucede con las lenguas semíticas mencionadas, de

²² Cfr. García Larragueta, *op. cit.*: 132, Wolf, *op. cit.*: 148.

²³ Cfr. García Larragueta, *op. cit.*: 142, Wolf, *op. cit.*: 167.

²⁴ Cfr. García Larragueta, *op. cit.*: 145, Wolf, *op. cit.*: 174.

orden básico inicial VSO (Bossong, art. cit.: 540). Tal movimiento entraría en colisión con el principio de que “Verb-peripheral variants in which the verb occupies the mirror image position of its basic order position are dispreferred” (Siewierska 1998: 495), que sería el recorrido implicado en el paso de SOV a VSO, para el que la variante VSO debía haber registrado una frecuencia alta y continua en el esquema transitivo.

Por todo ello, en nuestra opinión, las letras superpuestas a los constituyentes están destinadas a facilitar el análisis gramatical, en la línea del método pedagógico seguido para la identificación de las funciones semántico-sintácticas, cuya finalidad última es la comprensión del texto. No son, pues, en sentido estricto indicaciones de cómo deben ordenarse las palabras, aunque de ahí se derive una ordenación en la sucesión de los actantes y no actantes, sino que responden a una técnica para identificar las cláusulas de un texto y las funciones de cada una, para lo que, efectivamente, primero hay que buscar los verbos y a continuación las funciones de las predicaciones verbales, empezando por el sujeto y sucesivamente las que procedan según el verbo y los elementos presentes en el enunciado. Esta interpretación puede dar respuesta a la pregunta que se le planteaba a Stengaard (art. cit.: 180) respecto de la utilidad que podía tener para el estudiante de latín la frecuente inversión del orden SV en VS y que atribuía a una cuestión de estilo. Evidentemente, según lo expuesto, no se trata de un rasgo de estilo, ya resultaría raro en el estudiante de latín —si es el estudiante como cree Stengaard— pararse a pensar en imprimir un determinado estilo al texto que debía comprender y quizá traducir, sino de una técnica de análisis e interpretación. Trátándose del maestro, resultaría igualmente extraño un estilo tan reiterativo.

Lo curioso es que Bossong invoca también un objetivo didáctico para apoyar su propuesta. Aduce el testimonio del filósofo, gramático y pedagogo Du Marsais, que en su método para aprender la lengua latina (1722), para facilitar el aprendizaje de la sintaxis recomendaba a los estudiantes reconstruir la oración según el orden de palabras del francés, por la dificultad que, en su opinión, entrañaba “l’inversion latine” (Bossong, art. cit.: 541). Pero es de suponer que para proceder a tal reordenación deberían haber descifrado previamente el valor semántico-sintáctico de cada constituyente, respecto de lo cual nada se dice, y sin esa tarea iba a ser difícil poder efectuar la reorganización de la secuencia. También la gramática escolar española que aquí hemos aducido daba la misma instrucción, pero después de dar indicaciones sobre cómo identificar el valor de las distintas unidades, para lo cual recomendaban “mirar primero al verbo” y a partir de él identificar los elementos funcionales de la predicción verbal y, después de esto, poner en el orden normal español. Otras gramáticas no hacían explícita la reordenación, quizá porque a veces resultaba innecesaria o quizá porque, cuando no era así, caía por su propio peso la necesidad de efectuar dicha acomodación.

Aun en el caso de que las letras indicasen estrictamente el orden secuencial del romance, hay que tener en cuenta el tipo de cláusulas que abunda en el texto de las Glosas. A este respecto cabe destacar que muchas son cláusulas pasivas, que no son las más indicadas para observar el orden básico y que, además, tanto si se traducen

por pasivas perifrásticas como por pasivas reflejas, tenderán al sujeto pospuesto, sobre todo las pasivas reflejas. Otras muchas son cláusulas intransitivas con sujetos no agentivos; dentro de estas constituyen un grupo importante las cláusulas atributivas, en las que, según las marcas asignadas, con frecuencia se reserva la primera posición para el atributo con valor enfático, respetando normalmente el orden que presenta el texto latino, sobre todo con los ponderativos del tipo de *magnus/a* (“⁺Magna est ^aletitia ^bangelorum”) ²⁵, pero también tratándose de otros elementos (“⁺Suabe est ^aiter; ⁺Noster est ^ajlle ^buir ^cqui ^din bello ^efortis ⁺et stabilis in acie”) ²⁶. En bastantes casos se trata de cláusulas presentativas. Todos estos tipos pueden justificar un elevado número de esquemas con orden VS, que ya se registraba también con frecuencia en el latín de las distintas épocas y así continúa en el romance posterior. En este sentido son ilustrativas las conclusiones de Hinojo Andrés (2002: 633), quien ha estudiado el orden en textos del latín tardío, textos del castellano medieval y textos del latín medieval y restringe la tendencia del sujeto pospuesto a determinados tipos de cláusulas:

Tanto en los textos del latín tardío, como en los de castellano medieval estudiados por nosotros, el porcentaje más elevado de oraciones con sujeto pospuesto son oraciones pasivas; le siguen las oraciones con verbo intransitivo o copulativo; en general aquellas en las que el sujeto no es protagonista activo de la acción verbal,

tendencia que muestra también el latín medieval (cfr. art. cit.: 635). Por otro lado, el orden tético VS, además de ser el característico de los tipos de cláusulas referidas, es también el elegido cuando se quiere imprimir un mayor ritmo al relato (cfr. Suárez Fernández 2006), por eso es típico de contextos narrativos, en los que, con esa finalidad, fue utilizado en las distintas fases del latín (cfr. *supra* § 2) y este podría ser también el motivo de su uso en la interpretación romance del texto de las Glosas. El orden VS se aviene bien con el tono y el ritmo general de diversos fragmentos del texto en los que se anuncian males y situaciones apocalípticas por medio de un lenguaje de tono tremendista. Cuando es utilizado con esa finalidad con sujetos agentivos, representa obviamente un orden marcado. Por tanto, si la función de las letras fuese indicar el orden romance, tampoco podríamos concluir que el orden básico o neutro fuese VSO; lo sería para algunos tipos de cláusulas, como las presentativas, pero no para otras, para las que se trataría precisamente de un orden marcado, que como tal se utiliza para el logro de determinados efectos en el plano pragmático. El sujeto pospuesto estaría, pues, en función de condicionamientos de tipo semántico (sujetos no agentivos), discursivo (introducción de entidades en el discurso) o pragmático (búsqueda de efectos comunicativos). Por lo que respecta a las cláusulas transitivas, hay reiteración continuada de un tipo específico que tiende también en la lengua actual al sujeto pospuesto y es la que lleva como predicado un verbo de lengua, normalmente *dezir* o *responder*, y el complemento en estilo directo (“^aAngeli ⁺dicunt”) ²⁷. Estaríamos ante un tipo de texto que prima ciertas estructuras que no son cláusulas básicas y en el que con frecuencia las cláusulas básicas son sometidas a modificaciones para acomodarse al tra-

²⁵ Wolf, *op. cit.*: 173.

²⁶ Wolf, *op. cit.*: 173 y 170.

²⁷ Wolf, *op. cit.*: 170.

tamiento general adoptado para el relato, por lo que no presentaría una diferencia sustancial con el romance posterior.

De todos modos, continuaría siendo sorprendente el grado de rigidez derivado de la asignación de posiciones a los constituyentes, por lo que sigue pareciéndonos preferible entender que las glosas alfabéticas forman parte de las glosas gramaticales o, dicho de otro modo, son la indicación práctica de cómo empezar a desentrañar y comprender el texto latino, tal como muestran algunas cláusulas en las que el hipérbaton dificulta el establecimiento de las conexiones adecuadas para la comprensión del texto. En tales circunstancias lo más práctico es localizar el verbo y a partir de él el resto de las unidades: “^csanctum ⁺est ^btemplum ^atuum ^dmirauile jn equitate” (Wolf, *op. cit.*: 175). El procedimiento sería aplicado igual en casos menos complejos porque constituía un método bastante seguro para principiantes, por eso se mantenía de manera continuada. Es lo que se deduce de su aplicación a secuencias relativamente sencillas, cuyos constituyentes pueden presentarse incluso en el orden que las letras correlativas asignan y que, por tanto, a simple vista resultan superfluas. Por otra parte, si las letras indicasen estrictamente el orden secuencial, no se justificaría el propósito de marcar de modo diferenciado el inicio de cada secuencia. Simplemente, se colocarían las letras sobre las palabras según el orden en que debían ordenarse. Sin embargo, se marca el comienzo sobre distintas palabras, normalmente relacionantes, marcadores, ciertos adverbios o el verbo y la asignación de letras empieza después (“⁺Tunc ^bdemonēs ^adicunt²⁸”, “^aHii ⁺sunt ^bqui ^cuenerunt ^dde magna ^etribulatione”, “⁺Dicit ^atercio ^banima²⁹”). Este modo de actuar muestra que, una vez indicado que empieza un nuevo fragmento vinculado de un cierto modo con lo anterior, lo que importa es marcar la existencia de una unidad sintáctica que se identifica por la presencia de un verbo y desde este componente ir señalando los otros elementos relacionados con él, lo cual conlleva una determinada ordenación pero sin que ello signifique que sea la obligada o la habitual, aunque en muchos casos pueda serlo, por tratarse de los tipos de cláusulas ya comentadas y porque, dejando al margen el sujeto, el resto de los constituyentes en el orden no marcado viene a coincidir con su posición en la jerarquía funcional.

Hay, sin embargo, otro hecho para el que es más difícil encontrar una justificación que no sea el orden en que deben ser interpretados los elementos: las letras superpuestas a los constituyentes de la frase: “^bprincipes ^asuos^a; ^caquam^c ^bsuam^b” (Wolf, *op. cit.*: 138 y 140); “^echaracterem ^dhanc, ^eanima ^bjpsa ^djusta” (Wolf, *op. cit.*: 139 y 172), que se corresponden con el orden románico. Pero tampoco aquí se trataría de una simple diferencia en la ordenación de los elementos en la frase nominal, sino que el orden sería el procedimiento de manifestación de una diferencia funcional, pues ello afecta a aquellos elementos que en romance han pasado a funcionar como presentadores nominales, lo cual implica una posición fija, y a los adjetivos, categoría que puede preceder o seguir al sustantivo, pero con distinto valor, lo que le ocurre también al posesivo. De hecho, aparte de los determinantes, en estas dos clases se observa de

²⁸ Wolf, *op. cit.*: 169.

²⁹ Wolf, *op. cit.*: 173.

manera nítida la necesidad de especificar el orden: en el posesivo respecto de lo poseído y en el adjetivo respecto del sustantivo. Ambos tipos de elementos registran tanto en latín como en romance dos posiciones, cada una asociada a un valor específico. En el posesivo se ha producido un cambio del latín al romance respecto a cuál es la posición no marcada, puesto que en el romance ha pasado a formar parte del paradigma de los determinantes, que a esas alturas estaba conformado en buena medida, de modo que el posesivo funcionaría, tal como se deduce de las Glosas, mayoritariamente como el artículo y los demostrativos. Pero ha mantenido también la capacidad de funcionar como un modificador, enfático en unos casos, especificativo en otros. Por ello se hacía necesario discriminar los posibles valores interpretativos; de ahí la asignación de las letras según el contenido interpretado: "principes(b) suos(a)" / "Et mulier^b abebit^a infantem^c in utero^d suo^e menses^f duodecim^g" (Wolf, *op. cit.*: 138). No se trata, por tanto, de una simple diferencia en el orden de los elementos, sino de dos valores semántico-pragmáticos cuyo medio de manifestación es el orden, lo que afecta a los determinantes en general. Algo similar ocurre con el adjetivo. En este la posposición o anteposición respecto al núcleo va normalmente asociada a la distinción restrictivo-no restrictivo y a estas alturas del romance la asociación estaba establecida. Por eso los ponderativos se anteponen ("potestas(d) magna(c)", "aurus (e) multus"(d)) y los calificativos se posponen, coincidiendo unas veces con el latín: "sicut stella(a) matutina"(b), "Et ambulabit(c) ad mare(d) mortuum(e) et a mare(a) maiore(b)"³⁰, y otras no³¹: "album(g) oculum"(f) (Wolf, *op. cit.*: 139-40). El tratamiento de los determinantes y del adjetivo que reflejan las letras es una prueba palpable de que el texto se interpretaba desde el romance y desde este era necesario especificar qué elementos debían ir antes o después porque la posición comportaba una diferencia de significado y función.

En relación con las indicaciones del orden de los elementos, la diferencia entre lo que sucede en la cláusula y en la frase es evidente: en la cláusula los valores sintácticos están definidos y, en general, resultan identificables con independencia del orden de los constituyentes, mientras que en la frase el orden se convierte en el único medio de expresión de diferencias funcionales asociadas a las distintas posiciones. Por tanto, lo que sucede en el ámbito nominal es distinto de lo que sucede en la cláusula en la medida en que en el primero, para que un valor se haga patente, la unidad que lo soporta ha de aparecer en un cierto orden respecto de otro elemento; un caso claro de ello es, por ejemplo, el de los determinantes. Por el contrario, en la cláusula, la interpretación de los valores funcionales en un determinado orden, concretamente según la escala jerárquica de la predicación, de acuerdo con la conformación del estado de co-

³⁰ Cfr. García Larragueta, *op. cit.*: 128; Wolf, *op. cit.*: 138-9.

³¹ En la sintaxis latina de Ernout & Thomas (1953: 162) se asocia claramente la anteposición con el adjetivo epíteto y la posposición con el adjetivo atributivo o clasificador. Sin embargo, Pinkster entiende que, puesto que todos los adjetivos pueden aparecer antes y después del nombre, en latín todos los adjetivos siguen al Núcleo, a menos que haya factores pragmáticos, como la focalidad, que provoquen que los adjetivos precedan a su Núcleo. Algunos adjetivos, en virtud de su significado léxico, son candidatos más fáciles que otros para la función de Foco, p. ej., *bonus* lo es más que *Romanus* (Pinkster 1990: 239-40).

sas designado, es suficiente para la comprensión del contenido representativo y no tiene por qué coincidir necesariamente con la presentación secuencial, aunque muchas veces coincida. El que las letras en el caso de la frase sean indicadoras del orden efectivo de los elementos no invalida, pues, la interpretación dada para su valor en la cláusula. En aquella la estrategia de análisis para la identificación de valores va unida inexorablemente a la posición que se adjudique a las unidades.

3.2. Testimonios del castellano prealfonsí

En el seguimiento del fenómeno que venimos observando es interesante ver el rumbo que marcan los primeros textos del romance pleno. Para ello nos servimos del estudio de Hinojo Andrés (1988), en el que analiza la posición del sujeto respecto al verbo y la del verbo respecto al objeto en los textos castellanos en prosa escritos entre el *Cantar de Mio Cid* y la época de Alfonso X que figuran en la *Crestomatía del español medieval*, a excepción de los Fueros y los documentos navarro-aragoneses. Además, establece distinción entre las oraciones con y sin objeto. Según los resultados obtenidos, en términos globales el sujeto precede al verbo en el 64,15% de los casos frente al 35% en que el verbo precede al sujeto. Pero estos datos varían notablemente cuando se distingue entre las oraciones con objeto y sin objeto (Hinojo Andrés, art. cit.: 440):

	Oraciones con objeto		Oraciones sin objeto	
SV	311	72%	387	59,2%
VS	123	28%	267	40,8%.

Aunque el autor no diferencia entre cláusula principal y subordinada, los datos confirman, en todo caso, el diferente comportamiento en cláusula transitiva e intransitiva, y, por otro lado, continúan la tendencia apuntada en los documentos de los siglos IX-XI estudiados por Blake de no superioridad de VSO. En relación con el primer aspecto resulta ilustrativa la *Fazienda de Ultra Mar*, con un porcentaje absoluto ligeramente superior de verbo antepuesto, y en la que, sin embargo, “el número de sujetos antepuestos es el doble del número de verbos antepuestos en las oraciones con objeto” (art. cit.: 441)³². El autor compara estos resultados con los datos de su estudio de la *Peregrinatio* (cfr. *supra* § 3,a)), constatando que globalmente son muy similares a los del castellano. Los datos de Hinojo encuentran continuidad en un texto que, si bien no pertenece cronológicamente en sentido estricto al romance primitivo, puesto que su datación es de los primeros años de la etapa alfonsí, puede considerarse dentro del periodo del castellano primitivo. Nos referimos a *El Evangelio de San Mateo*. El análisis que hemos realizado de este texto arroja resultados coincidentes con los datos aportados por Hinojo: superioridad VS en cláusula intransitiva y superioridad SVO en cláusula transitiva. Para este texto y para la *Peregrinatio* se ha hablado de la influencia de

³² Los porcentajes de las cláusulas con objeto resultan aún más significativos al matizar que muchos de los casos de sujeto pospuesto se dan cuando el objeto es un demostrativo o un relativo (*ibid.* 441).

la *Vulgata*, pero en un sentido distinto para cada uno. Así, Hinojo señala que la *Peregrinatio* está muy influenciada por la *Vulgata* y esta, a su vez, por el hebreo original, que muestra tendencia al orden VS (art. cit.: 442). Por el contrario, López García señala para la *Vulgata* el orden SVO y ve en *El Evangelio de San Mateo* una prueba del orden VSO porque presenta superioridad de verbo inicial y, traduciendo la *Vulgata*, se esperaría el orden de esta. Ya hemos señalado que esa superioridad solo se da si hablamos de porcentajes absolutos pero en la cláusula transitiva, la que interesa para el orden básico, el orden dominante es SVO.

La conclusión que podemos establecer a partir de la información proporcionada por los estudios de los autores mencionados y a partir de la interpretación que nosotros hacemos de algunos de esos datos, concretamente los relativos a las *Glosas*, es que no parece que el orden básico fuese VSO, por más que fuese abundante en términos absolutos en algunos textos, sino SVO, el cual estaría avalado tanto por la evolución mostrada por Blake como por el comportamiento de la cláusula transitiva según el estudio de Hinojo Andrés del romance prealfonsí. A modo de conclusión general podemos decir que, después del recorrido efectuado, el resultado al que llegamos es que no tenemos datos que nos lleven a postular un orden básico VSO para la primera etapa del romance, por más que el orden VS(O) sea abundante. Pero además, tampoco parece que fuese ese el orden en otras lenguas romances como el gallego (Rodríguez Guerra 2004: 172 y 176) o el francés (Bauer 2005: 507-8).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BASTARDAS PARERA, J. (1953): *Particularidades sintácticas del latín medieval. (Cartularios españoles de los siglos VIII al XI)*. Barcelona: C.S.I.C.
- BAUER, B. L. (1995): *The Emergence and Development of SVO Patterning in Latin and French*. Oxford / New York: Oxford University Press.
- (2005): “Innovation in Old French Syntax and its Latin Origins”. En Kiss, S., L. Mondin & G. Salvi: *Études de linguistique offerts à József Herman*. Tübingen : Max Niemeyer, 507-21.
- BLAKE, R. (1992): “Aspectos sintácticos del español antiguo: Cartulario de San Millán de la Cogolla”. En Ariza, M. et al. (eds.): *Actas del II Congreso internacional de Historia de la Lengua Española*. Madrid: Pabellón de España, 1992, vol. I, 291-305.
- BOLKESTEIN, M. (1995): “Functions of verb-subject order in Latin”. *STUF - Sprachtypologie und Universalienforschung* 48/1-2, 32-43.
- BOSSONG, G. (1998): “La typologie des langues romanes”. En Holtus, G., M. Metzeltin & C. Schmitt (eds.): *Lexikon der Romanistischen Linguistik*, VII, 1003-19.
- (2006): “La sintaxis de las Glosas Emilianenses en una perspectiva tipológica”. En Bustos Tovar, J. J. de & J. L. Girón Alconchel (eds.): *Actas del VI Congreso internacional de Historia de la Lengua Española*. Madrid: Arco/Libros, 2006, 529-43.
- BOURGAIN, P. (2005) (con la colaboración de Marie-Clotilde Hubert): *Le latin medieval*. Turnhout: Brepols.

- CABRILLANA LEAL, C. (1993): "Panorama de los estudios sobre el orden de palabras en latín". *Minerva* 7, 223-34.
- (1999): "Type of text, Pragmatic Function, and Constituent Order. A Comparative Study of the *Mulomedicina Chironis* and the *Peregrinatio Egeriae*". En Petersmann, Hubert & Rudolf Kettemann (eds.): *Latin vulgaire-latin tardif*. Heidelberg: Universitätsverlag C. Winter, 319-30.
- CASTILLO, C. (2002): "Sobre la estructura del orden VSO". *Revista Española de Lingüística* 32/2, 2002, 441-73.
- COMPANY COMPANY, C. (2001): "Gramaticalización, debilitamiento semántico y reanálisis. El posesivo como artículo en la evolución sintáctica del español", *Revista de Filología Española* LXXXI/1-2, 49-87.
- DE JONG, J. R. (1989): "The position of the latin subject". En Calboli, G. (ed.): *Subordination and other topics in Latin*. Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, 521-40.
- DE LA VILLA POLO, J. (2000): "El orden de palabras de algunos determinantes en la Vulgata y en la obra de Jerónimo". En García Hernández, B. (ed.): *Latín vulgar y tardío. Homenaje a Veiko Väänänen (1905-1997)*. Madrid: Ediciones Clásicas, 220-37.
- DÍAZ Y DÍAZ, M. (1978): *Las primeras glosas hispánicas*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- (1996): "Las glosas protohispánicas". En Alonso González, A. et. al. (eds.): *Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Madrid: Arco/Libros, 1996, vol. I, 653-66.
- DU BOIS, J. (1985): "Competing motivations". en Haiman, J. (ed.): *Iconicity in syntax*. Amsterdam: John Benjamins, 343-65.
- (2003): "Discourse and Grammar". En Tomassello, M. (ed.): *The New Psychology of Language: Cognitive and Functional Approaches to Language Structure*. Mahwah, New Jersey: Erlbaum, vol. 2, 47-87.
- DULANTO SARRALDE (2007): *El castellano. Disonancia Latina con acento vasco*. Miranda de Ebro: Fundación cultural Profesor Cantera Burgos, 2007.
- ERNOUT, A. & F. THOMAS (1953): *Syntaxe latine*. Paris: Klincksieck.
- FERNÁNDEZ RAMÍREZ, S. (1986): *Gramática española. vol. 4. El verbo y la oración*. Vol. preparado y ordenado por I. Bosque. Madrid: Arco/Libros.
- GARCÍA LARRAGUETA, S. (1984): *Las Glosas Emilianenses*. Logroño: Instituto de estudios riojanos.
- GIVÓN, T. (2001): *Syntax. An Introduction*. Amsterdam: John Benjamins. Ed. revisada. Tit. orig. *Syntax. A Functional Typological Introduction*. Amsterdam: John Benjamins, vol. I, 1984 y vol. II, 1990.
- HAROLD, B. (1995): "Subject-verb word order and the function of early position". En Downing, P. & M. Noonan (eds.): *Word Order in Discourse*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, 138-61.
- HERNÁNDEZ ALONSO, C. (2003): "A vueltas con el origen del castellano". En Perdigüero Villareal, H. (ed.): *Lengua romance en textos latinos de la Edad Media. Sobre los orígenes del castellano escrito*, Burgos: Instituto de la lengua castellano y leonés / Universidad de Burgos, 139-45.
- HERNÁNDEZ ALONSO, C., J. FRADEJAS, G. MARTÍNEZ DÍEZ & J. M. RUIZ ASENCIO (1993): *Las Glosas Emilianenses y Silenses*. Edición crítica y facsímil. Burgos: Excmo. Ayuntamiento de Burgos.
- HINOJO ANDRÉS, G. (1988): "Del orden de palabras en castellano medieval". En Ariza, M. et al. (eds.): *Actas del I Congreso internacional de historia de la lengua española*. Madrid: Arco/Libros, vol. I, 435-47.

- (2002): “El orden de palabras en latín medieval”. En Pérez González (coord.), M.: *Actas del III Congreso Hispánico de latín medieval*. León: Universidad de León, vol. II, 627-35.
- HUGUET, N. (2001): *El orden de palabras en los grupos nominales en latín*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- LÓPEZ GARCÍA, A. (2000): *Cómo surgió el español*. Madrid: Gredos.
- LÓPEZ MEIRAMA, B. (1997): *La posición del sujeto en la cláusula monoactancial en español*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.
- LURAGHI, S. (1995): “The pragmatics of verb initial sentences in some ancient Indo-European languages”. En Downing, P. & M. Noonan (eds.): *Word Order in Discourse*. Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, 355-86.
- MALLINSON, G. & B. J. BLAKE (1981): *Language typology. crosslinguistic studies in syntax*. Amsterdam: North Holland Publishing Company.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (1926): *Orígenes del español*. Madrid: Espasa Calpe, 1986¹⁰.
- MEYER-HERMANN, R. (1988): “La posición del sujeto en español antiguo y moderno (en comparación con el francés). En Ariza, M. et al. (eds.): *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Madrid: Arco/Libros, vol. I, 541-62.
- NIETO VIGUERA, J. A. (2007): *Glosas Emilianenses. Cuna de la lengua castellana*. León: Edile-sa.
- NOCENTINI, A. (1990): “L’uso dei dimostrativi nella *Peregrinatio Egeriae* e la genesi dell’articolo romanzo”. En *Atti del convegno internazionale sulla Peregrinatio Egeriae*. Arezzo: Academia Petrarca di L.A.S., 137-58.
- PANHUIS, D. (2006): *Latin Grammar*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- PAYNE, D. (1990): *The Pragmatics of Word Order. Typological Dimensions of Verb Initial Languages*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- PINKSTER, H. (1990): *Syntax and Semantics of Latin*. Tr. esp. de Torrego, M.^a E. & J. de la Villa: *Sintaxis y semántica del latín*. Madrid: Ediciones Clásicas, 1995.
- (1991): “Evidence for SVO in Latin?”. En Wright, R.: *Latin and the Romance languages in the early Middle Ages*. London / New York: Routledge, 69-82.
- RAMOS REMEDIOS, E. (2003): “Para una revisión de la documentación hispana hasta el siglo XIII. Los cartularios de Valpuesta”. En Perdiguero Villareal, H (ed.): *Lengua romance en textos latinos de la Edad Media. Sobre los orígenes del castellano escrito*. Burgos: Instituto de la lengua castellano y leonés / Universidad de Burgos, 2003, 243-56.
- RODRÍGUEZ GUERRA, A. (2004): “Verbo da orde relativa dos constituíntes oracionais non-clíticos do latín ó galego medieval”. *Verba* 31, 151-86.
- SIEWIERSKA, A. (1998): “Variation in major constituent order: a global and a European perspective”. En Siewierska, A.: (ed.): *Constituent Order in the Languages of Europe*. Berlin: Mouton de Gruyter, 475-551.
- STENGAARD, B. (1991): “The combination of glosses in the *Códice Emilianense 60* (*Glosas Emilianenses*)”. En Wright, R. (ed.): *Latin and the Romance languages in the Early Middle Ages*. London / New York, Routledge, 177-89.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, M. (2006): “Análisis de algunos parámetros implicados en la posición del sujeto en la cláusula intransitiva en textos del siglo XIII. En Bustos Tovar, J. J. de & J. L. Girón Alconchel (eds.): *Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Madrid: Arco/Libros, 1153-67.
- TOMLIN, R. S. (1986): *Basic Word Order: Functional Principles*. London, etc.: Croom Helm.
- VÄÄNÄNEN, V. (1987): *Le journal-épître d’Égérie: étude linguistique*. Helsinki: Soumalainen Tiedeakatemia.

- VELÁZQUEZ SORIANO, I. (2004): *Las pizarras visigodas. (Entre el latín y su disgregación. La lengua hablada en Hispania, siglos VI-VIII)*. Burgos: Fundación Instituto castellano y leonés de la Lengua.
- WOLF, H (1991): *Glosas Emilianenses*. Hamburg: Helmut Buske. Tr. esp. de S. Ruhstaller: *Las Glosas Emilianenses*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1996.